

La Única Puerta Por La Que Puedes Entrar

Me sorprende un poco mi propio aspecto bajo la luz de la mañana. Estoy cubierta de barro y arañazos, la ropa hecha jirones, y la costura del hombro de mi chaqueta vaquera se ha soltado tanto que la manga cuelga. Mis calcetines están manchados de un color que nunca había visto, por toda la sangre y la suciedad. Pero no puedo hacer nada al respecto. No me puedo permitir comprar ropa nueva, y la batería del móvil está agotada. Además, las tiendas aún no han abierto, y no conozco Tokio, así que no tengo ni idea de dónde estoy en relación con nada.

Intentando al menos asearme un poco, me escondo tras los montones de materiales de construcción para sacudirme la ropa y pasarme los dedos por el pelo. Después, trepo por la verja de hierro en el lado opuesto del solar, alejándome del foso, y salgo a la acera. Un hombre de negocios que pasa por allí me mira con asombro. No dice nada, pero se vuelve varias veces mientras se aleja.

La acera discurre junto a una calle completamente normal. Según un cartel, se llama calle Uchibori. Entro en una tienda de conveniencia cercana y conecto mi móvil a una estación de carga gratuita. Mientras espero a que se encienda, un joven empleado me mira a los ojos. Frunce el ceño durante un rato, pero al final no dice nada y se va a la parte trasera de la tienda. Unos minutos después, entran dos chicas de instituto más o menos de mi edad. Al verme, se detienen a unos metros y susurran entre ellas. Las oigo decir: “Mira, ¡no lleva zapatos!”, “¡Eso parece sangre!”, “¿Crees que la han maltratado? ¿Deberíamos hablar con ella?”.



Parecen realmente preocupadas, así que empiezo a pensar en excusas por si se me acercan.

Justo entonces, la pantalla de mi móvil se enciende con un pitido electrónico. Desenchufo el cable, me acerco a una estantería con baterías portátiles y cojo una compatible con mi teléfono. Luego pago con el móvil en la caja. Paso rápidamente junto a las dos chicas, inclinando la cabeza en señal de agradecimiento. Agradezco su preocupación, pero no quiero hablar con nadie.

Sé dónde tengo que ir ahora.

Después de conectar la batería portátil, abro el mapa en mi móvil y trazo la ruta hasta la estación de Ochanomizu.

El hospital más cercano al apartamento de Souta es un hospital universitario dentro de un edificio tan alto que tengo que inclinar el cuello para ver la cima. Desde la acera, una amplia rampa conduce al interior, y aunque es temprano por la mañana, está salpicada de personas que parecen ser personal del hospital y que van a trabajar. Espero a que el guardia no esté cerca para colarme corriendo.



Entro en un vestíbulo con techo alto y una cafetería que aún no ha abierto, luego subo por la escalera mecánica hasta la segunda planta. No hay nadie, y la ventanilla de recepción de consultas externas está cerrada con una persiana. Consulto el plano del edificio para localizar mi destino, y luego tomo las escaleras para evitar cruzarme con alguien. Me agacho y camino rápidamente por un pasillo con habitaciones de pacientes a ambos lados, leyendo las placas con los nombres mientras avanzo.

Termino de revisar la primera planta de habitaciones y acabo de empezar la segunda cuando encuentro una placa que dice HITSUJIROU MUNAKATA. Pronuncio el nombre en un susurro: "Munakata". Luego coloco la mano sobre la barra de la puerta corredera. Solo ofrece una breve resistencia antes de abrirse.

* * *

La habitación está en penumbra, y el olor a hospital es aún más fuerte que en el pasillo.

Es una mezcla de desinfectante, sábanas recién lavadas, ramos de flores obligatorios y cuerpos humanos que han permanecido mucho tiempo en el mismo lugar. El monitor de constantes vitales emite una serie regular de pitidos electrónicos bajos y suaves.

Es una habitación doble, pero la cama más cercana a la puerta está vacía. Una figura grande duerme en la cama junto a la ventana. A simple vista, sé que es el señor Munakata—el abuelo de Souta.

El parecido es asombroso. La línea pronunciada y hermosa de la nariz, la frente prominente, las largas pestañas descansando sobre sus mejillas. El rostro apuesto de Souta sigue grabado en mi memoria, y el del anciano es una copia exacta. Pero la fuerza vital que animaba a Souta ha desaparecido por completo de su abuelo. Profundas arrugas surcan cada parte de su rostro, y su piel parece papel. El cabello largo extendido sobre la almohada es blanco como la nieve, al igual que sus cejas y pestañas. Un pequeño dispositivo está sujeto a su dedo índice izquierdo, y las finas venas del dorso de su mano casi no tienen color. Las hendiduras alrededor de su cuello y clavícula están tan hundidas que podrían contener pequeños charcos de agua. Dormido tranquilamente en su cama, me recuerda a un gran animal salvaje, herido de gravedad, al borde de la muerte.



—Souta ha fracasado, ¿verdad? —pregunta de repente una voz ronca y baja.

Le miro sorprendida. El señor Munakata habla con los ojos cerrados.

—L-lo siento... He entrado sin llamar —digo, nerviosa. No estaba dormido. O quizá mi presencia lo ha despertado—. Eh... Souta me dijo que usted estaba en el hospital, y...

—Ahhh...

No sé si me responde o suspira. Abre los ojos. Tras mirar al techo durante un minuto, gira lentamente la vista hacia mí.

—¿Te han arrastrado a esto?

Su voz me recuerda aún más a Souta—tranquila y serena—y sus ojos tienen el mismo tono ligeramente azulado. Las venas rojas en el blanco de sus ojos destacan con intensidad.

—¿Qué le ha pasado a mi nieto? —pregunta.

—Eh... —digo, bajando la mirada—. Se ha convertido en una Clave. Está en el Más Allá...

—Ya veo —susurra su abuelo como un suspiro. Su voz no muestra emoción. Gira la cabeza hacia las cortinas entreabiertas—. Ayer vi al gusano desde esta ventana. Quise ir hacia él, pero este viejo cuerpo ya no hace lo que yo quiero.

—Por eso... —digo, acercándome a su almohada y formulando la pregunta que llevo tanto tiempo deseando hacer—. Por favor, dígame cómo entrar en el Más Allá.

—¿Por qué?

—Eh... —¿Por qué?

—¡Porque tengo que salvar a Souta!

—Él no necesita tu ayuda.



—¿Eh?

—Souta pasará las próximas décadas convirtiéndose en una Clave imbuida de un dios. Ya no podemos alcanzarlo desde nuestro mundo.

Sus palabras suenan como una sentencia. Un escalofrío me recorre la espalda.

—Puede que no lo entiendas, pero es un honor que la mayoría de la gente jamás podrá alcanzar. Souta fue un aprendiz mediocre, pero al final parece que demostró su dedicación...

El señor Munakata entrecierra los ojos como si el techo se hubiera vuelto de repente demasiado brillante para mirarlo.

—¡No puedo creer eso! —grito, inclinándome—. ¡Tiene que haber alguna forma!

—¿Ignorarías los sentimientos de Souta? —pregunta despacio, como si quisiera asegurarse de que lo comprendo. Su rostro permanece inexpresivo.

—¿Eh?

—¿Quién colocó la Clave?

—Eh, bueno...

—¿Fuiste tú?

—Yo... pero...

—¡Respóndeme!



—¡Sí! —respondo, obligándome a decirlo.

—Ya veo. ¡Eso está bien! Si no lo hubieras hecho, un millón de personas habrían muerto anoche. Lo evitaste. Así que cierra la boca, siéntete orgullosa de lo que has hecho el resto de tu vida y...

Su voz se vuelve más insistente. El aire vibra con sus palabras.

—...¡y vuelve al lugar del que viniste!

Sus palabras me golpean como un vendaval. Doy un paso atrás, y él exhala profundamente. Como si estuviera agotado por hablar, cierra los ojos, aún mirando al techo.

—...Este asunto no concierne a personas como tú. Debes olvidarlo todo.

Me quedo clavada en el sitio, con el corazón latiendo con fuerza. Me arden las mejillas. Respiro hondo.

—...No puedo olvidarlo —susurro con la voz entrecortada. Estoy furiosa—. Voy a volver a abrir esa puerta subterránea.

Me doy la vuelta hacia la salida de la habitación.

Los ojos del anciano siguen cerrados. Fue una tontería por mi parte intentar confiar en alguien más. Esta es nuestra lucha—de Souta y mía.

—¿Qué estás diciendo? ¡Espera! —grita su abuelo a mi espalda—. ¿Qué harás después de abrirla?

—Entraré, de alguna manera.

—Imposible. ¡No puedes entrar por ahí!

Estoy a punto de salir de la habitación, con la mano ya en el pomo de la puerta.

—¡No debes abrir la Puerta! —truen a mis espaldas.



En cuanto termina de hablar, le sobreviene un ataque de tos. El sonido cargado de flemas es horrible, como si se estuviera ahogando.

Me doy la vuelta, sorprendida, y veo que su cuerpo tiembla con violencia. Movida por el instinto, corro a su lado. Pero no sé qué hacer, y me quedo paralizada frente a la cama. Su torso se sacude con fuerza mientras pulsa un botón en el mando que sostiene. Con un zumbido bajo, la parte superior de la cama se eleva. Su tos se calma, y el pitido acelerado del monitor vuelve a su ritmo habitual.

Aún sentado, exhala lentamente. Su rostro está cubierto de gotas de sudor. Tiene los ojos cerrados. Es entonces cuando noto cómo la bata del hospital cae de su hombro derecho—le falta un brazo.

—...El Más Allá es hermoso, pero es la tierra de los muertos.

Su pecho sube y baja como un fuelle mientras habla. Ha recuperado una dignidad tranquila en la voz. Abre los ojos inyectados en sangre y me mira fijamente.

—¿No tienes miedo?

La pregunta me recuerda a Souta. Él me preguntó lo mismo. Entonces, en Ehime y en Kobe, luchábamos codo con codo. Sentía que éramos invencibles. Habíamos hecho algo importante que solo nosotros podíamos hacer, y lo habíamos logrado sin que nadie lo supiera. Incluso dejamos una marca en lo alto del cielo.

—...En absoluto —respondo, mirándole con determinación—. Desde pequeña he pensado que la vida y la muerte son cosa del destino. Pero...

Pero ahora...

—¡Ahora me da más miedo un mundo sin Souta!

Me arden los ojos. Creo que voy a llorar otra vez. Pero no quiero, así que los cierro con fuerza.

Justo entonces, el abuelo de Souta suelta una carcajada. No—está riendo, una risa fuerte y profundamente divertida. Me sorprende oír algo tan potente salir de un cuerpo tan encogido. Me quedo boquiabierta, preguntándome qué le hace tanta gracia.



Ríe durante un buen rato, hasta que su voz se apaga, como si la risa lo hubiera agotado. Sin embargo, en su rostro queda una sonrisa mientras me dice:

—Solo hay una Puerta por la que una persona puede pasar en su vida.

—Eh...

—Viste el mundo del otro lado, ¿verdad? ¿Qué viste?

—Eh, vi...

Busco el recuerdo, desconcertada por su pregunta. Cuanto más intento recordarlo, más se desvanece, como un espejismo. Pero... Ese prado bajo el cielo estrellado que he visto tantas veces... La figura caminando entre la hierba... La persona que encontré allí...

—Vi a mi yo de niña... y a mi madre, que debería estar muerta... El hombre asiente levemente.

—El Más Allá se ve diferente para cada persona. Hay tantos Más Allás como almas humanas, pero al mismo tiempo, todos son uno solo.

Hace una pausa, esperando que sus palabras calen.

—Quizá te perdiste allí una vez, cuando eras pequeña. ¿Recuerdas algo así?

Una escena estalla en mi mente. Una noche nevada—camino sola entre la nieve derretida. Una puerta se alza entre los escombros cubiertos de nieve.

Mi pequeña mano gira el pomo. Dentro hay un cielo lleno de estrellas deslumbrantes.

El abuelo de Souta examina mi rostro, y luego dice con una voz profunda que me recuerda a la de Souta:

—Esa es la única Puerta que puedes cruzar. Debes buscar esa puerta.

El anciano cierra los ojos y aprieta los labios arrugados. Ve *ahora*, parece decir sin palabras. No vuelve a abrir la boca. Pero creo ver cómo las comisuras de sus labios se curvan apenas unos milímetros en una sonrisa.

Me planto frente a él, con la espalda recta, y le hago una reverencia larga y profunda. Luego salgo de la habitación sin decir nada.

